

El Peñibayo, Tururrique, marzo 23, 1912.

Señor don Rómulo Tovar,

San José.

Muy estimado señor mío:

Por estar yo desde hace días en este rincón, me ha llegado con algún retraso la interesante carta de U. fecha 17 del presente mes, a la cual tengo ahora el gusto de referirme, rogándole que se sirva disculpar mi involuntaria tardanza en contestarla.

El calificativo que he dado a su citada carta, llamándola interesante, no expresa bien la impresión que me ha producido su lectura; su carta para mejor calificarla, debo llamarla evangelio, evangelio de la situación actual escolar de Costa Rica, con lo cual quiero decir a U. que sus ideas, como anillo al dedo, coinciden con las mías, en el desfavorable juicio que abrigamos acerca del menguado fruto de bien público que cosechan hoy los costarricenses de las escuelas oficiales.

La escuela común, aquella que pide la cultura popular, aquella que estatuye la Constitución, debe producir muchachos que sepan leer, escribir y contar, y es así que después de largos años de fatigas modernistas salen los escolares a duras penas cancanando, garabateando y errando; luego algún vicio orgánico descompone, carcome y arruina los organismos docentes de Costa Rica. ¿Cuál es ese vicio, quién lo ha de proclamar, y quién lo ha de curar? esa es la cuestión.

Hoy, que tan portentosos progresos ha alcanzado la ciencia en las distintas esferas de la actividad humana, parece fuera de duda que el método por donde se han investigado tantas y tantas científicas verdades, ha sido el de la especialización, porque la vida entera de un hombre apenas alcanza a esclarecer una sola especie de la verdad. La ciencia pedagógica moderna ha sido traída de los nebulosos campos de la especulación filosófica en hombros de los especialistas pedagogos, y viniendo de tan subido origen por conducto tan autorizado, nadie que no sea profesional se atreve a poner en duda sus afirmaciones ni a señalar entre sus prosélitos a los sabios y a los sofistas del magisterio. Por eso seguramente han gozado y gozan de pleito homenaje entre nosotros tantos y tantos sofismas escolares; y que los hay, los hay, puesto que las tres erres inglesas no parecen, y que imponen reverencia no cabe duda, puesto que nadie se atreve a denunciarlos.

¿Cuál es, pues, el vicio orgánico de las escuelas modernas? Yo, si fuera especialista, si fuera maestro, diría que el vicio es la superficialidad, obligada consecuencia del plan vigente por el cual se abarca mucho, pero se aprieta poca sustancia educativa; mas como soy profano y desconozco el ritual vocinglero de los maestros, guardo silencio esperando que la magnitud del desastre ha de producir en la opinión pú-

blica un cambio de criterio que sirva de sostén a la evolución aludida por U. en su citada carta y aceptada por mí en estas líneas.

Pero mi silencio, según colijo de su carta, no cuadra bien con mis deberes de funcionario. En realidad de verdad, rigurosamente, U. tiene razón; pero si yo alzara mi voz, voz desautorizada para el caso, voz profana, voz que no es de ningún especialista, ¿no cree U. que sería predicar en corcobados, ya que por los desagradables incidentes de actualidad, se debe inferir que el gran público costarricense hondamente encariñado con la institución de la instrucción pública, mira en ella como finalidad no el bien social, sino el bien del maestro? Y en ese medio ambiente des-

orientado en donde nadie pide frutos al maestro y en donde sólo se invocan los fueros mercenarios del maestro, es a donde U. me insinúa que debo intervenir.

Su insinuación es hija de su ascendido civismo, refleja bien cuánto quiere U. la instrucción pública, piedra angular de nuestra patria, sea enhorabuena, ya que U. por méritos propios, ha de intervenir seguramente en la política del país; mas por lo que hace a mí, es su insinuación cosa grave, ardua empresa, digna de previa y honda reflexión. Déjeme pensarlo.

Mientras tanto, reciba el testimonio de mi sincero respeto y bien sentida simpatía con que me repito de U. servidor y amigo,

MANUEL J. JIMÉNEZ.

(Inédita).

Domingo Jiménez

COSTA Rica! He aquí el nombre con el cual surgió a la vida civilizada este pedazo del continente americano, estos cincuenta mil kilómetros cuadrados que sirven hoy de asiento a un pueblo consagrado a las faenas del trabajo. ¡Costa Rica! He aquí la eufónica palabra, pronunciada como síntesis del más encendido patriotismo, por cuantos en el transcurso de tres siglos han ido dejando en esta tierra las señales evidentes de su cívicas virtudes. ¡Costa Rica! Esa fué la sonora voz que resonó en el apacible valle del Guarco, cuando Juan Vázquez de Coronado, fundador de la Colonia, levantó en el campo en que confluyen el Taras y el Purires, los humildes fundamentos de la patria; ésa, la expresión que se oyó de valle en valle, cuando don Juan Mora, fundador de la República, repartió a manos llenas los fecundos frutos de la independencia. ¡Costa Rica! Ese fué el grito de guerra que resonó en los desfiladeros de Quebrada Honda, cuando Mansfeld y en los llanos de Santa Rosa, cuando Walker; ése, el hurra prodigioso que asombró y puso en fuga a los piratas y, ése, el gemido marcial de los soldados que infundió en el pecho del Erizo la sublime abnegación del sacrificio. ¡Costa Rica! Esa fué la palabra que vino a los labios y encendió los corazones de todos aquellos que hablaron y entendieron el idioma del progreso, cuando vieron desfilar ante el altar de la patria, al Gobernador Flores con la primera escuela de Cartago, al Ministro Doctor Castro con el claustro universitario, al Presidente Jiménez con los maestros normalistas y a don Mauro Fernández con las juntas de instrucción. ¡Costa Rica! He aquí el dulce nombre de la patria.

La Historia Universal ha conservado en una de sus páginas más bellas, de una manera incidental, el recuerdo del descubrimiento de este país, pero ha guardado silencio en cuanto a las fechas y circunstancias precisas, relativas al origen de este nombre: Costa Rica. Sin embargo, existen ciertos

datos con los cuales podemos acercarnos mucho a la verdad histórica del punto.

Nuestro territorio tiene un origen nobilísimo. No fué un oscuro aventurero quien dió noticia cierta de su existencia; fué el más notable navegante de todas las edades, el mismo Cristóbal Colón quien recorrió por vez primera nuestras costas del Atlántico.

Era el año de 1502. El viejo Almirante recorría el embravecido mar de las Antillas gobernando una escuadrilla compuesta de cuatro inseguras carabelas. Tocó en la punta de Caxinas las playas del continente americano, y de allí siguió navegando hacia el Sur Este, combatido tenazmente por deshechas tempestades. Venía en busca de un estrecho que le abriera las puertas del Oriente.

Ya las frágiles embarcaciones y los extenuados marineros estaban casi a punto de no poder continuar la expedición, tan dilatadas y tan recias habían sido las fatigas en la mar, cuando el 25 de setiembre de dicho año, lograron por fortuna, arribar a las aguas bonancibles de un puerto defendido por una isleta hechicera, cubierta de palmas y de frutos y de flores. Los indios llamaban a la isleta Quiribiri y al puerto Cariarí. Puerto Limón y la Uvita son los nombres que hoy llevan esos lugares en donde pudo entonces el ilustre genovés dar descanso a su gente, reparar algo sus bajeles y sacar de entre los arcanos de lo ignoto el territorio actual de Costa Rica.

Allí hallaron según palabras de fray Bartolomé de las Casas, «la mejor gente y tierra y estancia que habían hasta allí hallado, por la hermosura de los cerros y sierra y frescura de los ríos y arboledas que se iban al cielo de altas, y la isleta verde, fresquísimas, llanas, de grandes florestas que parecía un verjel deleitable».

Sabiendo, como se sabe, cuán impresionante era Colón ante las bellezas de la naturaleza, tenemos por seguro que durante su permanencia en aquel puerto, debe haber